

ANNE
RICE



La nueva saga de la autora de *Entrevista con el vampiro*

EL DON DEL
LOBO

«La enorme mansión se protegía del frío con gruesos tejados de pizarra y vidrieras de rombos en las ventanas. La construcción de piedra rugosa contaba con innumerables chimeneas erigidas sobre los gabletes escarpados y un extenso invernadero en el ala oeste, todo él construido en hierro blanco y cristal.

A Reuben, le encantaba. Ya le había gustado en las fotografías online, pero no esperaba tanta grandeza y solemnidad.

La magnitud de aquel edificio, varado en su propio parque, parecía de otro mundo.

Frondosas enredaderas cubrían más de la mitad de aquella inmensa estructura, llegando hasta las ventanas superiores, y Reuben se había quedado sentado un buen rato en el coche, entre agradablemente sorprendido y algo alucinado, soñando que algún día, cuando fuera un escritor famoso y tuviera el mundo a sus pies, poseería un lugar como aquel. La tarde estaba resultando sencillamente fantástica...».

Una magnífica novela situada en un mundo completamente nuevo —moderno, elegante, tecnológico— y, en el centro, un motivo tan antiguo y atractivo como la propia historia humana: la creación de un hombre lobo, reimaginada y reinventada como solo Anne Rice, narradora de aventuras alucinantes, creadora de otros reinos extraordinarios, sabe hacerlo.

*Dedico esta novela a Christopher Rice,
Becket Ghioto, Jeff Eastin, Peter
y Matthias Scheer,
y a la «gente de la página».*

Pedid lo que queráis a la fuerza que gobierna el universo. Puede que lo hagamos realidad y llegue a amarnos como nosotros lo amamos.

1

Reuben era un hombre alto, de más de metro ochenta, con el pelo castaño y rizado y unos profundos ojos azules. Le llamaban Cielito, apodo que odiaba, por lo que tendía a reprimir lo que el mundo conoce como una sonrisa irresistible. Sin embargo, en ese momento estaba demasiado contento para mantener su estudiada expresión seria y tratar de aparentar más de los veintitrés años que tenía.

Subía por una empinada cuesta contra el fuerte viento oceánico con Marchent Nideck, una mujer exótica y elegante, mayor que él, y estaba disfrutando de todo lo que ella le contaba sobre la casa grande de lo alto del acantilado. Marchent era delgada, con un rostro esculpido en preciosas facciones y un cabello de aquel tono rubio que jamás se desvanece. Lo llevaba hacia atrás, en una suave media melena ondulada que se le rizaba justo por encima de los hombros. A Reuben le encantaba su aspecto, con su largo vestido de punto marrón y sus botas marrones perfectamente enlustradas.

El muchacho estaba escribiendo un artículo para el *San Francisco Observer* sobre la gigantesca casa y las esperanzas de venta que albergaba Marchent, ahora que se había ejecutado la herencia y su tío abuelo Felix Nideck había sido declarado oficialmente muerto. El hombre llevaba veinte años desaparecido, pero se acababa de leer el testamento y había dejado la casa a su sobrina Marchent.

Desde que Reuben había llegado, habían estado paseando por las laderas forestales de la propiedad y habían visitado una destartada casa de huéspedes y un establo en ruinas. Habían caminado por carreteras viejas y por antiguos senderos perdidos entre la maleza que desembocaban de vez en cuando en algún saliente rocoso que se precipitaba sobre el Pacífico, del frío color del hierro, para volver a internarse rápidamente en un mundo húmedo y resguardado entre robles y helechos.

Reuben no llevaba ropa adecuada para eso ni por asomo. Había conducido hacia el norte con su habitual «uniforme», compuesto por un *blazer* azul de lana de estambre sobre un suéter fino de cachemir y unos pantalones grises. Pero, al menos, llevaba una bufanda que había sacado de la guantera. Y, a decir verdad, el frío penetrante le daba completamente igual.

La enorme mansión se protegía del frío con gruesos tejados de pizarra y vidrieras de rombos en las ventanas. La construcción de piedra rugosa contaba con innumerables chimeneas erigidas sobre los gabletes escarpados y un extenso invernadero en el ala oeste, todo él construido en hierro blanco y cristal. A Reuben, le encantaba. Ya le había gustado en las fotografías *on-line*, pero no esperaba tanta grandeza y solemnidad.

Se había criado en una vieja casa del barrio de Russian Hill, en San Francisco, y había pasado mucho tiempo en las impresionantes casas antiguas de Presidio Heights y de los alrededores de San Francisco, incluyendo Berkeley, donde había estudiado, y Hillsborough, donde la mansión medio de madera de su abuelo había servido de punto de encuentro vacacional durante tantos años. Pero nada de lo que había visto hasta entonces era comparable a la casa familiar de los Nideck.

La magnitud de aquel edificio, varado en su propio parque, parecía de otro mundo.

—El lugar real —había dicho para el cuello de su camisa nada más verlo—. Fíjate en esos techos de pizarra y esos canalones que deben de ser de cobre.

Fronosas enredaderas cubrían más de la mitad de aquella inmensa estructura, llegando hasta las ventanas superiores, y Reuben se había quedado sentado un buen rato en el coche, entre agradablemente sorprendido y algo alucinado, soñando que algún día, cuando fuera un escritor famoso y tuviera el mundo a sus pies, poseería un lugar como aquel.

La tarde estaba resultando sencillamente fantástica.

Le había afectado ver la casa de huéspedes dilapidada e inhabitable, pero Marchent le había asegurado que la casa grande estaba en buen estado.

Podría pasarse la vida escuchando hablar a aquella mujer. Su acento no era exactamente británico, ni de Boston o Nueva York. Era único: el acento de una criatura del mundo, que confería una linda precisión y un timbre argento a sus palabras.

—Sí, sé que es bonito. Sé que no hay nada igual en toda la costa californiana. Lo sé. Lo sé. Pero no tengo más remedio que deshacerme de todo —explicó Marchent—. Llega un momento en que la casa te posee y sabes que tienes que deshacerte de ella y seguir viviendo tu vida.

Marchent quería volver a viajar. Confesó que, desde la desaparición del tío Felix, había pasado poco tiempo allí y que, en cuanto vendiera la propiedad, pensaba irse a Sudamérica.

—Me rompe el corazón —dijo Reuben. Una opinión demasiado personal para un reportero, ¿no? Pero no pudo evitarlo. Además, ¿quién decía que tuviera que actuar como un testigo neutral?—. Este lugar es irreemplazable, Marchent. Escribiré el mejor artículo que pueda sobre la propiedad. Haré todo lo posible por traerle un comprador, y no creo que tarde demasiado.

Lo que no dijo fue: «Ojalá pudiera comprarla yo mismo». Y había estado barajando esa posibilidad desde que había divisado los gabletes entre los árboles.

—Estoy encantada de que el periódico te haya enviado precisamente a ti —dijo ella—. Eres apasionado y eso me gusta muchísimo.

Por un instante, Reuben pensó: «Sí, soy apasionado y quiero esta casa, y ¿por qué no? ¿Cuándo se me puede presentar de nuevo una oportunidad como esta?». Pero después pensó en su madre y en Celeste, su novia menuda de ojos castaños, estrella emergente de la fiscalía del distrito, y en cómo iban a mofarse de tal ocurrencia, y se le enfriaron los ánimos.

—¿Qué pasa, Reuben? ¿Qué te ocurre? —le preguntó Marchent—. Tenías una mirada extraña.

—Pensamientos —replicó él, golpeándose ligeramente la sien—. Estoy escribiendo el artículo en mi mente. «Una joya arquitectónica de la costa de Mendocino sale por primera vez al mercado desde su construcción».

—Suená bien —admitió ella, de nuevo con ese acento vago de ciudadana del mundo.

—Si yo comprara la casa, le pondría un nombre —dijo Reuben—. Algo que capturara la esencia del lugar, ¿sabes? Nideck Point.

—Eres todo un poeta —dijo ella—. Lo he sabido en cuanto te he visto. Y me gustan los artículos que has escrito para tu periódico. Tienen carácter propio. Pero estás escribiendo una novela, ¿no es cierto? Todo joven reportero de tu edad debería estar escribiendo una. Me avergonzaría de ti si no lo estuvieras haciendo.

—Eso es música para mis oídos —confesó Reuben. Estaba preciosa cuando sonreía, y las finas arrugas de su rostro ganaban en elocuencia y belleza—. Mi padre me dijo la semana pasada que un hombre de mi edad no tiene absolutamente nada que decir. Él es profesor, y está quemado,

tengo que añadir. Lleva diez años revisando su «Poemario», desde que se retiró.

Estaba hablando demasiado, y demasiado de sí mismo, lo que no está nada bien.

Pensó que, seguramente, a su padre le encantaría aquel lugar. Sí, Phil Golding era un poeta de verdad y estaba seguro de que le encantaría aquel sitio, y tal vez se lo dijera a la madre de Reuben, que se burlaría de la idea. La doctora Grace Golding era el elemento práctico y la arquitecta de sus vidas. Había sido ella quien había conseguido a Reuben su trabajo en el *San Francisco Observer*, cuando sus únicas credenciales eran un máster en literatura inglesa y sus viajes anuales por el mundo desde que nació.

Grace se había sentido orgullosa de los recientes trabajos de investigación de su hijo, pero le había advertido que aquel artículo sobre la «propiedad inmobiliaria» era una pérdida de tiempo.

—Ya vuelves a estar soñando —dijo Marchent, que le rodeó con el brazo y le besó la mejilla entre risas. Reuben se sobresaltó, sorprendido por la suave presión de sus pechos y la fragancia sutil de un rico perfume.

—En realidad, todavía no he conseguido nada en la vida —dijo el muchacho con una soltura sorprendente—. Mi madre es una cirujana brillante. Mi hermano mayor es sacerdote. A mi edad, mi abuelo materno ya era agente internacional de la propiedad inmobiliaria. Pero yo no soy nada ni nadie. Solo llevo seis meses en el periódico. Tendría que haber venido con una etiqueta de aviso. Pero, créeme, escribiré un artículo que te encantará.

—Tonterías —dijo ella—. Tu editor me contó que tu artículo sobre el asesinato de Greenleaf condujo a la detención del asesino. Eres un muchacho de lo más encantador y modesto.

Intentó no sonrojarse. ¿Por qué estaba admitiendo todo aquello ante esa mujer? Raramente, por no decir nunca, solía hacer comentarios despectivos sobre sí mismo. Sin em-

bargo, había sentido una conexión inmediata e inexplicable con ella.

—El artículo de Greenleaf me llevó menos de un día —murmuró Reuben—. A mitad del cual di con el sospechoso, al que no había visto nunca.

A Marchent le brillaron los ojos.

—Dime, ¿cuántos años tienes, Reuben? Yo tengo treinta y ocho. ¿Qué te parece mi sinceridad? ¿Conoces a muchas mujeres que confiesen que tienen treinta y ocho?

—No los aparentas —respondió él. Y lo decía de corazón. Lo que habría querido añadir era: «A decir verdad, estás perfecta»—. Tengo veintitrés —confesó.

—¿Veintitrés? Aún eres un niño.

Claro. El Cielito, como le llamaba su novia Celeste. El «hermanito», según su hermano mayor, el padre Jim. Y el «niñito», según su madre, que aún le llamaba así en público. Solo su padre le llamaba siempre Reuben y solo le veía a él cuando se cruzaban sus miradas. «¡Papá, tendrías que ver esta casa! Me sugiere un lugar para escribir, un lugar para escapar, todo un paisaje para una mente creativa».

Se metió las manos congeladas en los bolsillos y trató de ignorar el aire que le aguijoneaba los ojos. Estaban regresando a la promesa de un café caliente y un fuego.

—Y muy alto para tu edad —añadió Marchent—. Creo que tienes una sensibilidad extraordinaria, Reuben, para apreciar este rincón de mundo más bien frío y lóbrego. Yo, cuando tenía veintitrés, quería estar en Nueva York y en París. Y estuve en Nueva York y en París. Quería ver las capitales del mundo. No te habré ofendido, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —respondió él, volviendo a sonrojarse—. Estoy hablando demasiado de mí, Marchent. Tengo la cabeza en el artículo, no sufras. Encinillos, maleza, tierra húmeda, helechos, lo estoy memorizando todo.

—Ay, sí, no hay nada como la memoria y la frescura de una mente joven —dijo ella—. Cariño, vamos a pasar dos días juntos, ¿no es así? Voy a ser muy directa. Te avergüen-

zas de tu juventud, ¿verdad? Bueno, pues no es necesario. Y eres perturbadoramente guapo, ¿sabes? Eres el muchacho más adorable que he visto en mi vida. No, lo digo en serio. Con una imagen como la tuya, no hace falta que seas demasiado de nada, ¿sabes?

Reuben sacudió la cabeza. Si ella supiera... Odiaba que la gente le dijera que era guapo, adorable, mono o fantástico. «¿Y cómo te sentirías si la gente dejara de decirlo? —le había preguntado Celeste en una ocasión—. ¿Lo has pensado alguna vez? Mira, Cielito, para mí, es exactamente lo que pareces». Celeste siempre se burlaba de él con ese punto impertinente. Tal vez porque todas las burlas tenían un punto impertinente.

—Ahora sí te he ofendido, ¿verdad? —insistió Marchent—. Perdona. Creo que todos los mortales ordinarios tendemos a mitificar a los que son tan guapos como tú. Pero, por supuesto, lo que te hace interesante es tu alma de poeta.

Habían llegado al borde de la terraza embaldosada.

Algo había cambiado en el aire. El viento era más cortante. El sol se apagaba tras las nubes plateadas mientras caía sobre el mar cada vez más oscuro.

Marchent se detuvo un instante, como para recuperar el aliento, pero Reuben desconocía el motivo. El viento le arremolinaba el pelo sobre la cara y levantó la mano para protegerse los ojos. Miró hacia las ventanas superiores de la casa como si buscara algo y, de repente, una intensa sensación de tristeza invadió a Reuben. La soledad del lugar se hacía presente.

Estaban a kilómetros de distancia del pueblecito de Nideck y Nideck tenía... ¿Cuántos? ¿Doscientos habitantes? Reuben se había parado allí de camino a la casa y se había encontrado la mayoría de tiendas de la menuda calle principal cerradas. La pensión llevaba «siglos» en venta, según le había contado el dependiente de la gasolinera, pero sí, había cobertura de móvil e internet en cualquier parte del condado, así que por eso no debía preocuparse.

En aquel preciso momento, el mundo más allá de aquella terraza barrida por el viento parecía irreal.

—¿Hay fantasmas en la casa, Marchent? —preguntó, siguiendo la mirada de la mujer.

—No los necesita —declaró ella—. Su historia reciente ya es bastante sombría.

—Bien, me encanta —replicó él—. Los Nideck han gozado de una notable proyección. Algo me dice que encontrará un comprador muy romántico que pueda transformar la casa en un hotel único e inolvidable.

—Es una posibilidad —dijo—, pero ¿por qué iba alguien a venir precisamente aquí, Reuben? La playa es estrecha y de difícil acceso. Las secuoyas son magníficas, pero no es necesario conducir cuatro horas desde San Francisco para encontrar secuoyas magníficas en California. Y ya has visto el pueblo. No hay nada, excepto Nideck Point, como tú lo has bautizado. A veces, tengo la sofocante sensación que esta casa no va a durar mucho más en pie.

—¡Ah, no! ¡Eso ni pensarlo! Nadie se atrevería...

Ella le tomó de nuevo del brazo y avanzaron sobre las baldosas llenas de arena, dejaron atrás el coche de Reuben y siguieron hacia la lejana puerta principal.

—Me enamoraría de ti, si tuvieras mi edad —admitió Marchent—. Si hubiera conocido a alguien tan encantador como tú, ahora no estaría sola, ¿verdad?

—¿Por qué iba a estar sola una mujer como tú? —preguntó él. Rara vez había conocido a nadie tan seguro de sí mismo y elegante. Incluso después del paseo por el bosque, parecía tan serena y compuesta como si estuviera de compras en Rodeo Drive. Llevaba un delgado brazaletes en la muñeca izquierda, un cordón perlado, según creía Reuben que se llamaba, que confería a sus agradables gestos aún más *glamour*, aunque no sabía decir muy bien por qué.

Al oeste, no había árboles. La vista estaba abierta por razones obvias. Pero ahora el viento huracanado se levantaba desde el mar y la niebla gris se estaba posando sobre el

último destello del agua. «Voy a captar la esencia de todo esto —pensó—. Captaré este extraño momento de oscurecimiento». Y una tenue sombra cayó deliciosamente sobre su alma.

Quería aquel sitio. Tal vez habría sido mejor que hubieran enviado a otro a cubrir esta historia, pero le habían enviado a él. ¡Qué enorme suerte!

—Dios mío, el frío es más intenso a cada segundo que pasa —dijo Marchent, mientras ambos se apresuraban—. Había olvidado cómo bajan las temperaturas en esta costa. Crecí con ello, pero siempre me ha pillado por sorpresa.

Sin embargo, volvió a detenerse y miró de nuevo a lo alto de la fachada como si buscara a alguien y, acto seguido, hizo visera ante los ojos y dirigió la vista a la niebla que avanzaba.

«Sí, tal vez se arrepienta terriblemente de vender este lugar», pensó Reuben, pero entonces concluyó que tal vez tuviera que hacerlo. Y, además, ¿quién era él para hacer que Marchent se sintiera culpable, si ella no quería experimentar esa sensación?

Por un instante, le invadió una vergüenza profunda porque él mismo disponía del dinero para comprar la propiedad y sentía la necesidad de poner una excusa, pero verbalizarlo habría sido una tremenda grosería. Sin embargo, siguió calculando y soñando.

Las nubes eran cada vez más oscuras y más bajas. Y el aire, muy húmedo. Volvió a seguir la mirada de Marchent, de nuevo centrada en la enorme fachada sombreada de la casa, donde las vidrieras de rombos de las ventanas centelleaban débilmente y una masa de secuoyas se erigía tras del edificio hacia el este, cual monstruoso bosque flotante de desmedidas proporciones con el resto del conjunto.

—Dime —dijo Marchent—. ¿En qué estás pensando ahora mismo?

—Ah, no, en nada. Pensaba en las secuoyas y en cómo me hacen sentir. Están descomunamente desproporciona-

das respecto a todo lo que las rodea... Es como si dijeran: «Estamos aquí desde antes que los de vuestra especie llegaran a estas costas, y seguiremos aquí cuando vosotros y vuestras casas ya no existáis».

Algo indiscutiblemente trágico brilló en los ojos de Marchent cuando le sonrió.

—Una gran verdad. No sabes cuánto las amaba mi tío Felix —dijo—. Estos árboles están protegidos, ¿lo sabías? No se pueden talar. Tío Felix se encargó de que así fuera.

—Gracias a Dios —susurró Reuben—. Tiemblo con solo pensar en todas esas viejas fotografías de leñadores de otras épocas que se dedicaban a talar secuoyas de más de mil años. ¿Te das cuenta? Un milenio.

—Eso es precisamente lo que tío Felix dijo una vez, caramba, y casi palabra por palabra.

—No le gustaría ver su casa derribada, ¿verdad? —E inmediatamente se arrepintió—. Perdona. No debí decir eso.

—No, pero si tienes toda la razón. No le habría gustado, no, jamás. Le encantaba la casa. Cuando desapareció, la estaba restaurando.

Marchent volvió a perder la mirada, melancólica, nostálgica.

—Y nunca lo sabremos... Supongo que no —añadió con un suspiro.

—¿El qué, Marchent?

—Ah, pues ya sabes, cómo desapareció realmente mi tío abuelo —respondió, antes de soltar un ruidito burlón—. Somos demasiado supersticiosos. ¡Desapareció! En realidad, supongo que en la vida real debe de estar tan muerto como legalmente, pero parece que, ahora que estoy vendiendo este lugar, estoy dando por perdidas todas las esperanzas, hasta el punto de decir: «Bueno, nunca lo sabremos y nunca volverá a atravesar esa puerta».

—Comprendo —susurró Reuben. La verdad era que él no sabía nada en absoluto de la muerte. De algún modo, su madre, su padre, su hermano y su novia se la menciona-

ban casi cada día. Su madre vivía prácticamente en el Servicio de Urgencias del San Francisco General. Su novia conocía la peor parte de la naturaleza humana gracias a los casos que llevaba a diario en la fiscalía del distrito. En cuanto a su padre, veía la muerte en las hojas que caían de los árboles.

En el tiempo que llevaba en el *San Francisco Observer*, Reuben había escrito seis artículos y cubierto dos asesinatos. Y las dos mujeres de su vida los habían puesto por las nubes, no sin llamarle detenidamente la atención sobre los detalles que se le habían escapado.

Le vino a la cabeza algo que le había dicho su padre: «Eres inocente, Reuben, sí, pero la vida no tardará mucho en enseñarte lo que necesitas saber». Phil siempre hacía comentarios inusuales.

—No pasa un solo día sin que me plantee una pregunta cósmica. ¿Tiene sentido la vida? ¿O todo es simplemente humo y espejismos? ¿Estamos todos abocados al fracaso? —había dicho la otra noche, durante la cena.

—Ya sé porque nada te cala, ¿sabes, Cielito? —había dicho Celeste después—. Tu madre cuenta todos los detalles de sus operaciones con el cóctel de gambas delante y tu padre solo habla de cosas que no tienen ninguna importancia. Algún día te quitaré esa dosis tuya de optimismo. El hecho es que me haces sentir bien.

Pero, a él, ¿le hacía sentir bien? No. En absoluto. Lo raro de Celeste era que, más allá de lo que pudiera inferirse de sus palabras, era mucho más cariñosa y amable. Era una fiscal implacable, un tizón de metro sesenta en el trabajo, pero, con él, era dulce y adorable. Le mimaba y siempre le respondía al teléfono. Tenía en su agenda de marcación rápida a varios amigos abogados que respondían las dudas que a él le surgían en sus reportajes. Pero su lengua... Su lengua era un poco viperina.

«El hecho es que hay algo oscuro y trágico en esta casa que quiero descubrir», pensó Reuben de repente. La casa